

Adriana

Una mujer como muchas. Una maestra entre otras. Una madre magnífica como todas. Una persona como ninguna.

La primera vez que entró a mi vida lo hizo por la puerta del salón. Era increíble que habiendo tantos niños y trabajos, Adriana podía resaltar las maravillas y habilidades de todos, pero se quedó asombrada con la habilidad de uno de ellos. Fue por eso que nunca lo perdí de vista. Año tras año, a pesar de ya no ser su alumno, lo invitaba a participar en diferentes eventos de temas que él procuraba alejarse porque jamás pensó tener el talento que ella tanto insistía ver.

Pasaron los años. Ella nunca perdió el interés en su talento. Siempre trataba de convencerlo de pararse a hablar frente al público; escribir; leer. Trabajar ese don que ella pensaba algún día llevaría a maravillas.

Siete años después, en clases de secundaria, la asistente fue en búsqueda de este niño a su salón, y al entrar, pidió permiso para que éste se ausentara. Me dirigí a la puerta al escuchar mi nombre, y la secretaria me comentó que Miss Adriana me buscaba en su oficina. Me dirigí a ese lugar que tanto tenía sin visitar.

Entrar a su oficina era tal como lo recordaba: el olor a café y papel, el ruido del aire acondicionado, ver aquellas fotos de la maestra con su familia, sus alumnos, que para ella eran lo mismo.

Al verme, no pudo evitar esbozar una sonrisa y con mucho amor me recibió en su oficina. Hablamos del cómo habían estado las cosas en nuestras vidas, era como hablar con una vieja amiga que tenía mucho tiempo sin ver. Tras una larga charla, finalmente expuso el motivo por el cual quería verme. Me comentó acerca de un concurso sobre escribir sobre ejemplos ciudadanos y resaltando la participación ciudadana.

Al terminar de leerme las bases, me comentó que únicamente podía pensar en mí para hacer esto. Quería que inspirara a otros jóvenes a través del relato escrito. Me dijo que lo pensará y se despidió de mí con una sonrisa.

Tras reflexionarlo y buscar ejemplos de ciudadanía responsable, decidí intentarlo. Nunca antes había escrito para un concurso de ese calibre, pero la maestra tenía bien puesta la esperanza en mí. Decidí escribir, que mi inspiración me llevara. Pronto tuve el trabajo terminado y en menos de lo que pensaba ya estaba enviándolo a competir.

Meses después me hablaron para felicitarme y decirme que mi cuento estaba entre los finalistas. Fui invitado a la ceremonia de premiación, sin imaginar que el primer lugar sería mi cuento. Había ganado, y todo gracias a mi maestra y su fe en mí.

La maestra celebró mi logro como si se tratará del de su propio hijo y contenta expresó el orgullo que le daba. Le agradecí infinitamente por siempre creer en mí inspirándome con su ejemplo.

Pasaron los años, ella siguió su vida, enseñando e inspirando alumnos a ofrecer sus talentos a la comunidad. Yo continué la mía.

Recientemente me enteré de la desgarradora noticia que Miss Adriana se fue. Ya no está entre nosotros. Su oficina ya no huele a café y papel. Las fotos no están y el aire permanece apagado. Miss Adriana ya no festejará los logros de sus alumnos en los que alguna vez creyó. Sin embargo, su ejemplo como persona y su amor trasciende a todos los que alguna vez tuvimos la fortuna de llamarla maestra.

No hay ciudadano más noble y ejemplar que el que se dedica a enseñar creyendo en los demás.

Dedicado *in memoriam* a Miss Adriana

-M.R.L.